

DESPUÉS DEL CREPÚSCULO

Después del crepúsculo

JORDI CASAS BOLET

La cueva del dragón

(Narrativa fantástica)

A mi madre, Ester.
Por lo que vino. Por lo que vendrá.

Te quiero

Inexplicable es todo aquello
que la mente del hombre no puede comprender.
Se convierte en ciencia cuando se logra aprender,
y esta en arte cuando se deja de temer.

--El autor--

DESPUÉS DEL CREPÚSCULO

LAS MAZMORRAS

El aire que se respira en las mazmorras en las que acabo de despertar es denso y nauseabundo. La verdad es que el penetrante hedor a heces y orines se mezcla con el del sudor de las varias personalidades que permanecen, como yo, a salvo de los respetados miembros de la sociedad del exterior, y el resultado olfativo de la mezcla es una composición tan desagradable como el hecho de recibir una patada en los testículos con un pie calzado con unas prominentes botas de montar.

Perdonad mis modales nada más empezar; nunca he sido persona hábil para las conversaciones, ya que mis años de buscavidas me han enseñado a no guardarme lo que pienso. Mi nombre es Ashler Wolder, y soy originario del reino de Werlh; nación por la que hace casi seis años que no se me ve el pelo. Mi aspecto físico es envidiable: luzco una asombrosa y larga cabellera negra hasta media espalda que por razones de comodidad llevo recogida en una cola de caballo a la que la mayoría de las mujeres les vuelve locas acariciar. Mis ojos son tan negros como la noche y tan brillantes a la vez como el

DESPUÉS DEL CREPÚSCULO

mismísimo sol de verano. La musculatura de mis brazos y de mi fornido pecho es tan descomunal que podría partir la columna vertebral de un gran oso pardo con un simple y letal abrazo, y mi vientre es tan plano y resistente como la mesa de cualquier escribiente. Podría seguir hablando de mi considerable altura; casi dos macizos metros de puro músculo y testosterona y del buen par de pelotas que escondo en mis pantalones. Algo que cualquiera de las mujeres que conozco mataría por manosear...

Está bien, está bien, lo reconozco, estoy exagerando. La verdad es que soy delgado y apenas llego al metro setenta de estatura. Aunque también es cierto que mi cuerpo es pura fibra muscular, pero no, para mi pesar no llego a la corpulencia. Llevo siempre el cabello cortado muy corto porque es tan grueso que cuando me levanto por las mañanas se me enmaraña de tal modo que me resulta imposible llevarlo hasta un lugar lo suficientemente cómodo como para que no me resulte molesto. Es de color castaño y dudo mucho que ninguna mujer haya disfrutado acariciándolo.

Tengo treinta y dos años y he dedicado doce de ellos a vagar sin rumbo por el mundo, tratando de encontrar sin éxito el lugar que me merezco en él. Durante todos estos años me he vendido al mejor postor por un puñado de monedas como mercenario, y siento decir que no me he hecho rico en absoluto segando vidas con mi espada. Aunque sí es cierto que me lo he pasado de miedo. Algo es algo, como se suele decir.

Como ya os he dicho, tengo treinta y dos años. Llevo doce ganándome la vida como mercenario, y a causa de mi tranquila dedicación puedo mostrar con todo orgullo la espléndida cicatriz de casi ocho centímetros de largo que luce mi ceja izquierda y que durante un encarnizado combate contra un cerdo de sangre badrok estuvo a punto de costarme uno de mis ojos.

Por fortuna no comparto mi celda con nadie (una buena noticia de vez en cuando no hace a nadie daño, sobretodo

DESPUÉS DEL CREPÚSCULO

teniendo en cuenta el apestoso olor que desprenden los inquilinos de este antro). Sin embargo a través de los barrotes que impiden mi paso hacia la libertad, y por las grietas de las frías paredes de la celda que ocupó, puedo escuchar los gritos entrecortados, los débiles lamentos o incluso los desesperados rezos a tantos dioses olvidados de otros presos que esperan, al igual que yo, su inminente y mortal destino.

Bueno, os he hablado de mi envidiable virilidad, así como de mis encantos para con las mujeres: tan ansiosas por acostarse conmigo como yo por sacármelas de encima (ojalá esa parte fuera cierta, de hecho, cualquiera de ellas). Os he explicado cómo me gano la vida (ya debéis saber de qué va esto: cercena la cabeza de ese enemigo, esquiva la estocada de aquél otro, devuelve el mandoble con la espada en alto, ¡mierda, me han cortado la oreja!). Y os he comentado también la excelente compañía que gozo en el interior de estas heladas paredes de las catacumbas del palacio del rey Eirik, así como de las entretenidas charlas que efectuamos desde que estoy aquí. Llegados a este punto que, aparte de narrar el turbio y deprimente pasado que arrastro conmigo y que prefiero eludir por el momento, sólo me queda responder a la fatal pregunta que probablemente os debéis estar haciendo desde el momento de conocernos: ¿Qué demonios habrá hecho un valeroso, intrépido y musculoso mercenario como un servidor, fuertemente armado con su descomunal acero (no estoy hablando precisamente de mi espada), y con una enorme fortuna de doce monedas de oro en el bolsillo para terminar en el interior de una repugnante celda de metro por metro y medio, con un elegante mobiliario consistente en un colchón que huele a meados de gato y los oxidados barrotes de la puerta a la que permanezco apoyado, y con la presencia de varias ratas que corretean por mis pies esperando hincarme el diente como únicos compañeros de celda?

Pues bien, apreciados amigos, como no me considero un egoísta y nos espera un largo camino juntos, voy a satisfacer

DESPUÉS DEL CREPÚSCULO

vuestra morbosa curiosidad.

LA PROPUESTA

El sol de mediodía caía sobre mi sudorosa cabeza de un modo que no recordaba haber sufrido hasta entonces. El polvoriento camino que llevaba recorriendo desde que abandoné la posada en la que había pasado la noche parecía ahora más largo de lo que fue la última vez que lo recorrí varios meses atrás, y el hambre y la sed castigaban mi estómago que esperaba con delirio la preciada recompensa que le prometí para cuando llegáramos a Asten-Ghar: la agraciada capital del reino de Asthroth; la cual se encontraba tal lejos todavía que ni tan sólo su silueta llegaba a recortarse en el horizonte.

El agradable olor del tocino frito del desayuno que había disfrutado aquella mañana y que regué con una helada cerveza matinal, atormentaba mi estómago de forma inusitada recordándome el pacto que me había hecho a mí mismo de detenerme a comer en una taberna de la capital para deleitarme con una espléndida comida y tal vez con un par de rondas de cerveza. Pero el duro calor que caía del cielo talmente las llamas de un dragón enfurecido en mitad del mediodía de primavera, ahogaba toda esperanza de llegar a

DESPUÉS DEL CREPÚSCULO

la capital incluso antes del anochecer, por lo que mis planes no eran más que un sueño inalcanzable. Además, no sólo yo estaba sediento y hambriento, sino que mi fiel corcel estaba en similar estado que yo o incluso peor (no podía olvidarme de quién hacía en realidad el trabajo más duro).

La región sureste del reino de Asthroth es casi tan árida como un desierto y es digna de rivalizar con las yermas Tierras Baldías. A mi alrededor apenas hay vegetación, sólo los olivos, los cactus y las palmeras tienen la osadía de intentar crecer por estos parajes, y la esperanza de encontrar agua en alguno de los ríos que cruzan la zona es tan remota como encontrar oro en los bolsillos de un borracho armado con una botella de aguardiente vacía.

También la fauna se niega a habitar por estos lugares. Los más osados son los buitres; los cuales muestran sus oscuras siluetas a los cielos, planeando sobre aquellos desdichados que se atreven a recorrer estos caminos sin reservas de agua ni provisiones. Esperando que se desplomen de su montura para abalanzarse sobre ellos de forma despiadada (llevo casi treinta kilómetros sintiendo sobre mí sus emplumadas siluetas), aunque de vez en cuando también pueden encontrarse coyotes que bajan de las montañas de las verdes llanuras de Khorl para ulular en la noche bajo la palidez de la luna llena.

En esta región escasean las aldeas. Apenas pueden encontrarse tres o cuatro pueblecillos de poco más de doscientos habitantes, que subsisten gracias a los olivos. El aceite que extraen de sus frutos es muy apreciado en todo el reino; además del licor que elaboran con las madres resultantes de su especial refinado; un licor casi tan desagradable para el paladar como para la vista lo es su peculiar color marrón-verduzco, o su textura pegajosa y tan aceitosa como el líquido resultante de las propias olivas.

A lo largo de mis viajes por esta zona he tenido varios encuentros con sus habitantes. Es por ello que esta vez utilicé un camino alternativo para así eludir cruzar sus pueblos: son

DESPUÉS DEL CREPÚSCULO

gente recelosa y pobre, poco hospitalaria con los extraños y carente de buenas maneras, y en ningún momento serían capaces de darte un sorbo de agua ni aunque te estuvieras arrastrando por sus calles totalmente deshidratado y al borde de la muerte. Sólo respetan lo que es suyo y, por lo tanto, lo que es suyo no es de nadie más, eso incluye tanto a sus tierras como a su ganado;. Es la típica gente por la que nunca desearía prestar mis servicios, ya que tendría trabajo para cobrarlos.

A lo que íbamos, el camino por el que trataba de seguir adelante circulaba por la zona más al norte de las aldeas de la región. El pueblo más cercano debía encontrarse a alrededor de cincuenta y nueve o sesenta kilómetros, y el calor era intenso y sofocante, tal como durante todo el año hace por aquí. Por lo que me sorprendió encontrarme aquél carro que se aproximaba hacia mí y que debido a mi cansancio y a que mi atención estaba fija en los cinco buitres que planeaban a decenas de metros por encima de mi cabeza, no me había percatado antes de su cercanía.

Pude escrutar a su conductor cuando me hallaba a escasos metros de él. Se trataba de un muchacho: por su rostro carente de maldad y de barba no parecía tener más de doce o trece años, y gobernaba las riendas de un destartado carro tirado por dos bueyes casi tan agotados como un servidor de vosotros. Cuando el muchacho, que dirigía continuas miradas a su espalda (probablemente a la carga que transportaba) se percató de mi presencia no pudo evitar mostrar una sonrisa tan grande e iluminada como la que yo le mostré a él. Tal vez tendría una cantimplora de agua de la que me dejaría sorber algunas gotas del preciado líquido e incluso un mendrugo de pan con el que satisfacer mi renegado estómago y dejar embobados a los cinco buitres que no dejaban de mirarme con lasciva ansiedad, esperando pacientemente a que diera mi último coletazo.

En el mismo momento en que el carro del chaval se detuvo a escasos centímetros de mi corcel noté que algo

DESPUÉS DEL CREPÚSCULO

extraño sucedía.

–Me alegro de veros– murmuró el chico sin dejar de sonreír, talmente hiciera meses de su último encuentro con un viajero– Espero que podréis ayudarme.

Siempre es agradable encontrar a alguien en tu camino, sobretodo después de una larga travesía por el yermo desierto del sur. Puedes intercambiar información sobre el camino que queda por recorrer y a veces incluso chismes de los lugares a los que te diriges. Pero por alguna extraña razón que no comprendía, notaba que algo no iba bien a mi alrededor; podría tratarse de una emboscada y el muchacho ser una encerrona para llamar mi atención. Así que, dejándome llevar por el instinto que durante doce años me ha mantenido vivo en mi trabajo, deslicé mi diestra en torno a la empuñadura de mi espada de largo acero que siempre llevo en el cinto, y aguardé a que varios enemigos invisibles salieran de su escondite.

–Yo también me alegro de ver a alguien por estos parajes– susurré con desdén y lanzando una mirada furtiva a la caja del carro sin lograr percibir nada en su interior: aparte de varias mantas y un pequeño bulto entre ellas, demasiado pequeño como para que se escondiera un enemigo peligroso– Hace un calor insoportable y mi cantimplora está tan vacía como mis esperanzas de salir vivo de estas tierras.

El muchacho no pareció entender mi peculiar comentario, ensombreció ligeramente su joven rostro y se rascó la oreja izquierda. En ese instante creí que se trataba de una señal a un enemigo oculto. Así que disimuladamente recorrí los alrededores con la mirada, y me tranquilicé al ver que a varios kilómetros a la redonda, la única amenaza inminente a mi vida era el propio desierto. Solté la empuñadura de mi arma; la cual apretaba con tanta fuerza que los nudillos se me volvieron de un pálido color blanco y escruté de nuevo y con más tranquilidad las facciones del muchacho que seguía mirándome con cierta curiosidad y con algo más que cansancio reflejado en sus ojos. Era apuesto, y su edad

DESPUÉS DEL CREPÚSCULO

oscilaba entre los doce y los catorce años, tal como había apreciado en un primer momento. Su cabello era largo y negro y lo llevaba enmarañado, cubierto de polvo y de sudor y se le pegaba alrededor de las orejas y la frente. Era bajo y delgado pero su constitución engañaba, ya que los brazos que su túnica sin mangas de color gris claro mostraban estaban surcados por unas marcadas venas que revelaban su fortaleza nerviosa; tal vez de su naturaleza o por el duro trabajo del campo; ya que resultaba evidente que era hijo de campesinos.

–Necesito vuestra ayuda– repitió después de un prolongado silencio. Se levantó del asiento del carro y con un ágil salto se desplazó hasta la caja. Mientras apartaba con suavidad las mantas que habían llamado mi atención pocos segundos antes, pude escuchar unas breves palabras en tono dulce y tranquilizador que enseguida comprendí que no iban dirigidas hacia mí.

Desmonté de mi corcel; el cual resopló al verse liberado de mi peso aunque solo fuera por unos breves momentos y me acerqué al muchacho y a la diminuta figura oculta entre las mantas que parecía temblar ligeramente pese al calor que no dejaba de caer como llamas de un incendio fuera de control. En el momento en que me asomé a la caja, y antes de que mis ojos observaran la febril silueta de aquella pequeña niña que yacía acurrucada en el fondo, el muchacho me tendió una pequeña cantimplora llena de un líquido que resultaría excelente para mitigar mi sed. Pero no tuve tiempo de llevármela a los labios. Había algo a mi alrededor que seguía advirtiéndome de algún inminente peligro y no estaba seguro de lo que podía ser.

–Lleva diez días enferma– murmuró con lágrimas en los ojos el muchacho al ver que ya había visto a la niña y sin dejar de acariciarle la frente– Mis padres murieron hace año y medio y desde entonces que cuido de ella como puedo. Pero cuando enfermó, el resto de habitantes de mi aldea nos echaron de nuestra casa y de nuestras tierras por miedo a

DESPUÉS DEL CREPÚSCULO

que resultara infeccioso. Desde entonces que he tratado de encontrar a alguien que pueda curarla. No se que hacer. Es lo único que tengo.

La verdad es que nunca había visto algo similar en ningún ser humano. Estoy familiarizado con distintas enfermedades infecciosas que producen graves síntomas parecidos a los que aquella antes hermosa niña tenía, pero después de un prolongado vistazo me di cuenta de que era algo nuevo, desconocido para mí y por ello peligroso: Sus ojos, de un color azul intenso estaban apagados y carecían completamente de brillo. Algo similar ocurría con su piel, era pálida como la luna y tan frágil como la porcelana. Sudaba muchísimo más que yo y temblaba de frío; probablemente a causa de la alta fiebre que parecía soportar. Estaba demasiado delgada; casi en los huesos y su largo y rubio cabello apenas tenía color. Parecía encontrarse ante las puertas de la muerte y nadie parecía ser capaz de lograr hacer nada por ella.

–Ayúdela, por favor– me imploró el muchacho con lágrimas en los ojos. Como si yo fuera un hechicero cuyo poder pudiera resucitar a los muertos o un venerable clérigo cuyos rezos son escuchados por los dioses– Tiene que ayudarla.

¿Qué podía hacer? Aquella niña presentaba síntomas que nunca antes había visto. Tenía el contorno de los ojos completamente morados y las pupilas dilatadas. También los tenía enrojecidos, casi sangrientos y cuando le coloqué suavemente mi mano en la frente tratando de consolarla y averiguar si ardía como aparentaba, me sorprendió encontrarla tan helada como si ya estuviera muerta: fue aquello lo que me impulsó a hacer lo que hice, no parecía tener vida; no al menos como conocemos. Su alma parecía abandonar su cuerpo antes incluso de que muriera, y temí que fuera contagioso.

Así que tomé la decisión. Hasta que llegué a Asten–Ghar estuve diciéndome que había sido un error, que tendría que haberme quedado. Pero no podía hacer nada por ella, tal vez

DESPUÉS DEL CREPÚSCULO

me hubiera infectado y en breves días yo también acusaría síntomas similares hasta perecer irremisiblemente. Lo que centenares de heridas en mi cuerpo producidas en combate no habían logrado durante doce años de dedicación completa, lo conseguiría una nueva enfermedad que una pequeña y hermosa niña de apenas siete años me habría transmitido en medio de ninguna parte.

Solté la cantimplora de agua, la cual cayó con un ruido sordo en el interior de la caja del carro y que mi zurda había agarrado hasta entonces como si se tratara de una cruel arma mortal con la que hubiera acabado con uno de mis mejores amigos. Con el miedo reflejado en mis ojos y con una máscara de incompreensión a mi alrededor nublando mi visión, monté en la grupa de mi corcel y me largué en la misma dirección que seguía, dejando una nube de polvo tras de mí.

Lamentaría lo que hice durante mucho, mucho tiempo, os lo aseguro.